

Los clamores de la muchedumbre aumentaban con su impaciencia: los abanicos y los sombreros se agitaban mas y mas. Dominaban el tumulto general las voces agudas de los vendedores de refrescos. ¿Os imagináis acaso que los lindos lábios de las andaluzas no toman mas que sorbetes, y que sus dientes de perla consienten apenas en pulverizar bizcochos? Léjos de esto. Así como los españoles son salvajes en sus placeres, así son primitivos en la satisfacción que dan a su paladar: agua pura, simples buñuelos, hé aquí todo su regalo: estos últimos tienen un nombre característico, *viento de España* (spanischer wind), cuya etimología no necesita comentarios.

Al fin habíase llenado el vasto recinto. El sol inundaba con sus rayos una parte del edificio, no sin duda para mayor placer de los que recibían sus abrasadores besos. El cielo, de un azul oscuro y profundo, extendía su inmensa bóveda sobre aquella escena abigarrada. La muchedumbre mas y mas turbulenta, golpeaba con furor sobre las planchas de madera, y ejercía el derecho que se ha arrogado con los siglos de dirigir el espectáculo con sus gritos. Todos sentían que el gran momento se acercaba, y yo mismo, presa de una exaltación inexplicable, participaba de la impaciencia del público. A poco sonó una trompeta: la puerta del gran palco que teníamos enfrente abrióse de par en par, la batahola se hizo universal como las olas del mar enfurecido: todas las miradas se dirigen á un hombre que se presenta en la arena montado en hermoso caballo andaluz.

Nuestro *sirviente de plaza* italiano nos dá a conocer a este personaje y las particularidades de la escena que empieza: es el empresario de las corridas que viene a recibir de manos del alcalde, sentado en el palco principal, la llave que sirve de señal al principio de la fiesta: de ordinario quien la arroja es el Duque de Montpensier en persona; pero el príncipe estaba ausente hoy. El empresario detuvo su caballo en medio de un hurra inmenso. Los españoles, como en general los meridionales, se apoderan con avidez de las mas ligeras ocasiones que se les presentan para sobreexcitarse y dar libre curso a la expresión de sus sentimientos. Esta ceremonia de la llave se ha convertido para la multitud en objeto de las manifestaciones mas ruidosas de su aprobación ó reprobación.

¿Recibe el empresario la llave en su sombrero? descárganse furibundos aplausos: ¿la deja caer a la arena? llueven risas y silbidos. El empresario saludó; del balcon fué lanzada una llave ricamente encintada; pero por desgracia cayó en la arena, y los silbos y las risas estallaron por todos lados.

Oyese nuevo toque de trompetas; recorre a la asistencia un estremecimiento de entusiasmo. Entran solemnemente y con paso firme y ligero las *espadas* con sus cuadrillas, los *picadores* y los *banderilleros* vestidos ricamente a la usanza española. Síguenlos hermosas mulas soberbiamente enjaezadas, con cascabeles y cope-tes, destinadas para llevarse los animales muertos en el combate. Era la vieja España la que se adelantaba a nuestra vista, con sus antiguos usos, su magnificencia en el vestir y su andar imponente.

Llenos de confianza en su valor y seguros de la victoria, los combatientes entran con arrogancia en el vasto circo. Aclamaciones entusiastas los saludan por todas partes, y millares de miradas se fijan en ellos. ¡Qué comitiva tan fastuosa y tan admirable! No era ciertamente el miserable móvil de nuestra época, la plata, el que los impulsaba, no: la confianza en su propia fuerza era la que daba a aquellos hombres su dignidad. ¡Qué riqueza en los trajes de las espadas y de sus cuadrillas! ¡Qué bien hacen resaltar la elegancia de sus formas! Sus primorosas chaquetillas de seda están cubiertas de bordados de oro y plata, de lentejuelas, de franjas y de adornos de toda clase, especialmente en las espaldas, en las que la tela desaparece bajo un hacinamiento de arabescos: sus cuellos, libres y despejados, no tienen ni el embarazo de la corbata. Sus nobles facciones están contorneadas por abundante cabellera echada hácia atrás, terminando en una bolsita adornada con una borla negra. Inclínase sobre la oreja una gorri-*ta* de terciopelo (*montera*), y ancha faja de color ciñe sus cinturas: el calzon corto, bordado también de oro y plata, es del mismo género que la chaqueta: ajusta la flexible pierna una fuerte média de seda color de rosa ó blanco; y, por último, llevan capa tejida de lana y seda graciosamente echada al hombro.

Los *picadores* ó combatientes a caballo tienen de comun con los otros la rica chaquetilla, la faja y el peinado; pero en lugar de la *montera*, llevan sombrero gris, de anchas alas, de copa baja, y coro-

nado con una enorme mota, sombrero tantas veces reproducido por la pintura, que los cabellos recogidos por detras mantienen horizontalmente en la cabeza del jinete; las piernas de éste están protegidas de las cornadas del toro por grandes botas bajo sus pantalones de cuero amarillo. Los picadores están armados de lanzas que terminan en punta de una ó dos pulgadas de largo: este fierro no puede herir peligrosamente al enemigo; pero basta para irritarlo y contenerlo. La silla es muy alta por delante y por detras; los estribos de madera forman anchos zuecos como los estribos turcos. Un largo acicate de hierro, agudo como un puñal, arma el talon del jinete: para dirigir caballos medio muertos las mas veces, no bastaria el acicate ordinario. Aquellos caballos son pobres bestias asmáticas y enflaquecidas, lo que fácilmente se comprende pensando en la triste suerte que se les reserva.

Despues de hacer su entrada en la arena, en medio de los aplausos de la muchedumbre, dividiéronse los fieros combatientes, y cambiaron sus capas por otras mas a propósito para el combate. Los tiros de mulas desaparecieron por una puerta lateral; callóse la música, y un toque de corneta dado enfrente del palco principal anunció el gran momento.

Ábrense las puertas de par en par, la agitacion redobla, y la impaciencia es indescribible. El toro, el negro hijo de la torada, se lanza a la arena en poderosos saltos acogido por inmenso hurra de entusiasmo universal. Ya está herido en la nuca, ya lleva el primer dardo lleno de cintas. Súbitamente se detiene como petrificado. Con mirada feroz contempla largo tiempo las mil y mil formas humanas; mide majestuosamente el espacio de combate y de muerte. Los nobles combatientes, los *chulos*, lo rodean haciendo flotar a sus ojos los pliegues de sus capas. Párte sobre ellos a ojos cerrados; pero esquivan el choque con rápido y gracioso movimiento. Vuelven a flotar las capas, y vuélvese a lanzar sobre sus agresores: creese que ya va á alcanzarlos en su carrera desesperada, que va a hundirles los cuernos en el flanco; pero ellos con ligereza increíble y gracia maravillosa, saltan la barrera del circo, ó se refugian detrás de los pequeños abrigos de madera.

El arte consiste ahora en dirigir el furor del animal, de modo que se arroje furioso sobre los picadores que lo esperan a caballo.

Vacila por un instante; y luego, de súbito, pártese sobre ellos rabioso: espérase algo espantoso; pero los piquetes de las garrochas, hábilmente lanzadas sobre el lomo, lo hacen rebotar. El toro está herido; corre la sangre; la lucha empieza verdaderamente. Mi agitacion, mi inquietud cesan, y una sensacion extraña, un poderoso atractivo las reemplaza. Cada movimiento del toro es acogido por las exclamaciones y los silbos de la multitud. Contemplaba a mi derredor a las bellas hijas de España: gran calma reinaba en sus semblantes; la vista de aquellas sangrientas heridas no las hacia estremecerse. Por segunda vez veíase el furioso animal rodeado de la tropa de agresores que lo excitan agitando sus capas: los persigue con rabia; pero cuando el peligro es inminente, arrojan las capas a los piés del animal: éste las pisotea, las hace trizas, y deja a los hombres tiempo para esquivarse; ó bien es un chulo el que se lanza de un brinco cerca del animal, haciendo revolotear delante de él su capa, y atrayéndolo en otra direccion.

Los picadores esperan de nuevo al toro que se precipita y recibe una garrochada; pero esta vez, en lugar de huir, hunde sus cuernos aguzados en el vientre de un caballo. La pobre bestia recibe una herida mortal. El picador cae: el interés de la lucha crece mas y mas. Miéntas que el hombre se levanta y se lanza de nuevo sobre su ensangrentada montura, el toro hunde sus cuernos con rabia sublime en el vientre de otro caballo. Las pobres bestias deben cargar a sus jinetes miéntas que puedan tenerse en pié. Ya les salen las entrañas y las arrastran por la arena: uno de ellos flaquea y se arrastra agotado, moribundo; pero una nueva cornada lo levanta y lo arroja sobre la arena, hasta que al fin, con aplausos frenéticos de la multitud, cae tendido a los piés de su enemigo.

El drama, mas y mas conmovedor, triunfaba de todas mis angustias. El toro ha dado varios golpes mortales; pero, a Dios gracias, ningun picador ha sido herido. Oyese nuevo toque de cornetas, que anuncia la llegada de los banderilleros: son estos, hombres de una habilidad maravillosa, que deben plantar en los cerviguillos del toro, largas flechas que terminan en lengüetas de hierro, y están cubiertas de recortes de papel: estas flechas se llaman *banderillas*, y están destinadas para reavivar el furor del animal dán-

dole el grado de exasperacion necesaria para que se presente bien a la espada del matador. Deben ponerse dos banderillas a la vez, y esta operacion no deja de ser bastante peligrosa. Los picadores se alejan. ¡Con qué limpieza y ligereza los nuevos combatientes plantan sus flechas en la carne del toro! Va a alcanzarlos; mas una conversion rápida y graciosa los pone instantáneamente en seguro. El animal está furioso, y se agita en todas direcciones; mientras mas se defiende y se voltea, mas lo irritan las banderillas, golpeándole la cabeza.

Ha recibido ya seis ú ocho. Las trompetas tocan de nuevo. Lucas Blanco, el hermoso matador, se adelanta en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo. Dirígese al palco principal, saluda a las autoridades, y les pide permiso para dar al toro el golpe mortal. Ya el famoso paño escarlata, la *muletilla*, flota sobre su brazo; ya tiene en la mano la hoja acerada. Por tres veces, y para anunciar la sentencia fatal que va a ejecutar, agita horizontalmente su sombrero, paseando sus miradas por toda la asamblea: despues, con paso firme y soberbio, marcha al enemigo: las cuadrillas excitan al animal con sus capas: Lucas hace revolotear su paño escarlata, sobre la que el toro se precipita ciegamente: un movimiento rápido le basta para evitar el empuje de la fiera. Este juego, que repite varias veces, excita hasta un grado inaudito la emocion general.

De repente, el toro toma la posicion que el matador desea; se detiene a algunos pasos enfrente de éste, levanta con sus piés nubes de polvo, baja la cabeza y pártela con todas sus fuerzas sobre el ligero paño. Ha llegado el gran momento: la concurrencia entera se levanta como un solo hombre; y sin terror, sin angustia, espía el golpe mortal con mirada embriagada. Este movimiento general, eléctrico, es uno de los espectáculos mas grandiosos que puedan ofrecerse a los ojos de un extranjero, y prueba hasta qué punto han pasado las *corridas* a la sangre y al temperamento del pueblo. Lucas permanece inmóvil, intrépido y arrogante, y como clavado por una hechicería: de repente blande su espada, apártase la *muletilla*, un relámpago argentino pasa con la rapidez del pensamiento entre los dos cuernos, el toro vacila y se postra en la arena. El entusiasmo de la muchedumbre no conoce ya límites: agitan re-

ciamente el aire los aplausos y los gritos. Yo me siento arrebatado; una embriaguez salvaje, indefinible, se apodera de mí: el drama sangriento me transporta; mis manos envian al bravo espada merecidos aplausos. El pasa triunfante por delante de los palcos, saluda a los mil y mil espectadores que lo contemplan: es el rey del momento: electrizó a la multitud. Por todas partes le arrojan, en señal de felicitaciones, sombreros que vuelve a lanzar con gracia a las galerías.

Lo observé todavía con mayor admiracion en las escenas siguientes. ¿Pero cómo el espacio de un cuarto de hora puede cambiar de esta manera los sentimientos de un hombre? ¡Al llegar, me sentia lleno de inquietud y de malestar, y ahora estoy lleno de entusiasmo!

La música militar tocó la muerte del toro; las mulas lo arrastraron fuera del circo con los caballos muertos. El pueblo prorumpió en nuevos gritos de alegría: el segundo toro aparecia en el circo, y la noble lucha volvia a empezar. El animal era ménos fuerte que el primero; el combate fué ménos sangriento. Un media espada, llamada José Carmona, jóven de notable hermosura, fué muy inferior a Lucas Blanco en el modo de introducir la espada: el primer golpe no hirió la espina dorsal y el toro no cayó. Tratóbase, pues, de sacar la lámina de la herida y herir de nuevo, y en esto fué feliz: el toro cayó; claváronle puntas aceradas en la espina, hasta que espiró a vista del público. Ya estaba yo animado de sentimientos del todo españoles, porque dejé pasar delante de mí, sin aplaudirlo, al matador que era un debutante.

Presentóse entónces el tercer toro, animal soberbio y vigoroso; su ancha frente ostentaba grandes cuernos agudos y afilados: sus piernas secas y nervudas eran cortas y robustas. Su furibunda entrada le valió desde luego los mas ruidosos aplausos. Yo seguia sus movimientos con interes imposible de expresar; no podia apartar mis ojos de la arena; las peripecias de la lucha me cautivaban poderosamente. ¡Qué estremecimiento en la asistencia cuando el toro llegó a colocarse furioso ante el picador: midiéndolo con una mirada de desafío, partió despues con toda su fuerza sobre el caballo y el jinete! Este momento es uno de los mas pasmosos y patéticos. Pero cuando el toro ha sumergido sus cuernos en los flan-

cos del caballo, de ordinario se retira, y no se encarniza sobre su víctima, de manera que el picador caído, está al abrigo de su furor. Las mas veces la herida del caballo es tan ancha, que se ven salir y colgar los intestinos sangrientos. Tiénese cuidado de cubrir los ojos de estas pobres bestias, porque la vista del toro podría espantarlos y hacerles dar saltos peligrosos. Una vez, en las corridas de hoy, el toro alcanzó al caballo por detrás, y en su rabia lo levantó dos veces. Pero el pueblo excitado, no conserva la misma paciencia, despiértase la naturaleza primitiva del hombre, sobreponese la pasión salvaje, y el descontento estalla por todas partes cuando el toro no hiere de muerte al caballo, cuando las fases del combate no son bastante sangrientas.

Esta vez fué tambien Lucas Blanco quien dió el golpe mortal; el aire repitió nuevas y entusiastas aclamaciones. Un caballo quedó muerto en el terreno; otro desbarrigado y desangrándose fué arrastrado por las mulas fuera del circo, bajo las risotadas de la multitud. El pueblo es de una barbarie horrible y de increíble crueldad. En semejantes momentos se puede ver qué fuego arde todavía en las venas españolas. Cuando un toro no manifiesta bastante coraje en el ataque, el pueblo silba, aulla, y trata de excitarlo agitando los pañuelos.

En el palco vecino al nuestro habia sentado un anciano de facciones nobles y acentuadas, de sombrero andaluz en la cabeza. Tomaba parte vivísima en el combate echándose adelante, interpelando a los matadores. Veíase en él hasta qué punto el fanatismo por estas fiestas es vivaz en España, y cuán populares han quedado estos juegos sangrientos. Es que hay en el *torillo* un atractivo particular que no puede describirse: la emoción que excita el momento del peligro, arrastra en la corriente del entusiasmo a todas las almas con fuerza irresistible. Me contaban de un extranjero que se expresaba no hace mucho con excesiva dureza sobre el carácter bárbaro de estas fiestas: la delicadeza de sus sentimientos le hacia horrorizarse de lo que no veía. Un amigo que conocia por experiencia el atractivo poderoso de las *corridas*, lo decidió un día a ir a ver una. En presencia de esta noble lucha, sintióse tambien dominado por la dulce y salvaje embriaguez, y en su impaciencia por gozar de nuevo de este placer dramático, preguntó

a su amigo cuándo tendrían lugar las próximas corridas. En cuanto a mí, sentia vivamente que mi permanencia no fuese bastante larga, para permitirme volver a gozar aquellas sublimes impresiones.

El cuarto toro que mató tambien José Carmona, fué ménos interesante. Nos indignábamos cuando sus golpes no hacian brotar bastante sangre, o cuando retrocedia por un movimiento temeroso. Oíanse murmullos por todos lados, y los gritos de ¡perros! ¡perros! volaron de boca en boca. La multitud pedía los famosos *bouledogues*. Sentiamos ya el placer de ver a nuestro tímido campeón en lucha con estos nuevos adversarios, pero el voto del pueblo no fué oído. Gran número de perros perecen en este juego: y como la pérdida es soportada por el empresario, se comprende por qué este no quiso dar a la lucha esta forma interesante y nueva.

El quinto toro se lanza en saltos furiosos a la liza: ¡famoso cúdate de él! [*ein ganzer Kerl!*] ¡Nuevos estremecimientos, nuevo entusiasmo! Las cuadrillas remolinean a su rededor; el noble animal cae sobre ellas y se repiten los aplausos. Reconócese que una idea profunda, la glorificación de la fuerza y del ánimo viril, preside a estos juegos de los tiempos pasados, y que aun no han acabado completamente la antigua grandeza y el noble orgullo de la España. Léjos de contener a los combatientes en lo mas fuerte del peligro, la voz del pueblo excita a los picadores a un ataque mas vigoroso; es necesario hacer que el hierro penetre; es necesario herir al animal; el español no quiere misericordia.

En el curso del combate, el toro se mostró verdaderamente digno de la fiesta: sus golpes eran terribles, parecia tener conciencia de la potencia de sus armas, y justificaba con su noble valor los aplausos y los gritos de la concurrencia. Todas las miradas se dirigen a él en el circo. De una cornada hace bambolear un caballo. La concurrencia se levanta y vé llegar el momento del peligro: lanza gritos de alegría: presa de una agitación férvida, contempla la sangre que corre y las crueles heridas. Caballo y caballero vacilan. Otro picador es derribado con su montura. La escena es de un horror sublime, de horripilante belleza: el hombre y la bestia caen uno sobre otro; el caballo recibe el último golpe y muere. El pueblo delira: es uno de aquellos toros como les gusta a los es-

pañoles, que ellos saludan con aclamaciones entusiastas. Suenan las trompetas: los banderilleros se ciernen alrededor del animal furioso: brilla la llama; atruenan las detonaciones; las banderillas eran de fuego, para aumentar por todos los medios posibles la rabia del toro.

Nuevo toque de corneta se oye. Pero ¿cuál no es nuestra admiración? Lucas Blanco llega graciosamente al frente de nuestro palco, y al momento todas las miradas se dirigen a nosotros. El hábil espada me dirige con dignidad algunas palabras de cortesía y me anuncia que vá a dar el golpe fatal en honor mio. Una sensación indecible se apodera de mi corazón: toda la asamblea tenía los ojos fijos sobre mí; percibía los zumbidos de la atenta muchedumbre. No lo negaré: este homenaje nacional me lisonjeaba, y mi pensamiento recordó los bellos tiempos en que los Hapsburgos reinaban sobre este noble pueblo. Mi exaltación llegaba a su colmo: era yo en cierta manera el eje del espectáculo; el toro iba a ser inmolado en honor mio. Dijéronnos al oído que la costumbre en España era recompensar aquella hazaña con una bolsa de dinero. Preparé mis *Columnarias*. Lucas agita al momento la muletilla, y el toro furioso brinca a derecha é izquierda. De repente, aprovechándose de un momento favorable, la espada le introduce su arma entre los dos lomos, y la saca de la ancha llaga aplaudido por el pueblo. El animal vacila y cae. Con sonrisa triunfante avanza Blanco hácia nuestro palco, y en medio de la alegría del *tango americano* y de los aplausos de los espectadores, cae la pesada bolsa a sus piés.

Por feliz me tuve en poder dar esta recompensa al bravo espada. Lucas Blanco es pintoresco en sus menores movimientos; siempre tranquilo y arrogante, trata el combate como un juego. Durante la corrida uno de los toros lo persiguió; quiso refugiarse detrás de uno de los pequeños burladeros de madera, pero el animal se detuvo de súbito como petrificado; el matador también se detuvo, y sosteniéndose en un pié, apoyó tranquilamente el brazo izquierdo sobre el muro de planchas. Los pliegues de su capa le caían graciosamente sobre la cadera, y miraba á su adversario con una sonrisa de desden como si fuera un cordero.

La corrida sigue sin interrupción; pero cuando el matador ha

dado el golpe fatal, se retira detrás de uno de los burladeros, y deja a su cuadrilla que empeñe la partida.

El sexto toro, el último por desgracia nuestra, estaba en el circo: hermoso y vigoroso animal de color de oro. Todavía fué la lucha interesante. Un incidente principalmente cautivó a la reunión: el toro había alcanzado y derribado el caballo de un picador; éste yacía acostado bajo su montura en la arena; el animal enfurecido vuelve contra el caballo y le pasa sobre el cuerpo. El jinete parecía perdido; pero el toro, cegado por la rabia, se lanza por encima de él y el picador se salva. José, el matador principiante, abatió este toro; pero no sabe dar el golpe con la misma seguridad que Lucas.

La corrida había terminado. El pueblo afluyó a la arena y a las puertas de salida. Lleno de exaltación y de entusiasmo me separé de aquellos lugares cuyo recuerdo no se me borrará nunca; allí había pasado las horas más interesantes de mi viaje.

Si jamás estas líneas llegan a ser leídas en Austria, en un salón confortable, cerca de la humeante tetera, de las mantecadas y de las dulces tartas, ya veo la suerte que se me espera. La gente elegante que prefiere las pequeñas excursiones por el país natal a los grandes y peligrosos viajes; que abismada en la contemplación idílica en el bosque vecino, se extasia con los acentos del ruiseñor y el canto del grillo; esa gente elegante exclamará con arrebato de indignación y de horror: «¡el pobre jóven no se ha separado, pues, de nosotros, sino para hacerse bárbaro en tierra extranjera!» Pues bien: sin duda así se hablará de mí; pero yo me consolaré, y contestaré sonriendo: «¡pobrecitos de vosotros que no sabéis, que no podeis sentir lo que es una corrida, y qué energía de sentimientos, qué magnífico desarrollo de habilidad y de fuerza se manifiesta en esta solemnidad nacional!» Por lo que a mí toca, prefiero estas fiestas en que la naturaleza primitiva del hombre se presenta en toda su verdad, a las diversiones enervadoras é inmorales de nuestros países hundidos en el cenagal de la mollicie y del lujo. Aquí perecen en verdad los toros, pero allí el alma y el espíritu sucumben en la frivolidad sentimental en cuyo seno se pierde toda energía.

No trato de negarlo: me gustan los tiempos antiguos; no los del

último siglo, en que cubiertas de polvo y de afeite, en medio de insulsos y lánguidos idilios, caminaban las gentes arrullándose por floridos prados hácia el anchuroso abismo, no; sino los tiempos de nuestros antepasados, en que el espíritu caballeresco se robustecía en los torneos, cuando las mujeres eran fuertes, y no pedían un frasquito de olorés ni fingían desyanecerse por una gota de sangre derramada, cuando se cazaba el jabalí y el oso en plena selva, y no como hoy tras de parapetos. Esos tiempos produjeron una raza enérgica. Y a nosotros, ¿qué nos queda de las diversiones viriles de nuestros padres?—¿La caza tal vez?—¡Ah! ¡ni aun la caza! Nos llamamos cazadores; pero en realidad no hacemos mas que fusilar a distancia respetuosa, y en perfecta seguridad a los pobres animales domesticados. Lo único que subsiste es la guerra; la guerra que los esfuerzos durante treinta años de nuestros modernos filántropos no han logrado suprimir; y con ella han sobrevivido dos placeres queridos de dos naciones que la decadencia no ha atacado todavía. El primero es la caza del zorro en Inglaterra, en la que el hombre se expone a peligros verdaderamente dignos de él, y no le arredra ningun obstáculo para llegar a su fin. Por mas que se diga que es vana cosa el poner la vida en peligro por un objeto insignificante, temo mucho que los que retroceden ante peligros inútiles no encuentren su valor en el momento que les sea necesario. El otro placer nacional es la *corrida* española, verdadera fiesta popular de los tiempos antiguos. Ella exalta, es verdad, las pasiones violentas y salvajes que hay en el fondo de la naturaleza humana; pero tambien desarrolla el valor y la energía. No faltará corazon para cosas mas importantes al que se entusiasma en este espectáculo, ó por lo ménos no lo enervará la mortal apatía. Existe aún en este pueblo un fiero y noble espíritu caballeresco; y sin embargo de los juegos sangrientos que sus padres les legaron, son piadosos y benéficos los españoles de nuestros dias. Cada cosa tiene su carácter y el sello de su época; y la variedad en el mundo es el mayor encanto de la vida.

Largo tiempo pasé antes de poder descubrir el origen de las corridas de toros. ¿Provenia de los valientes ejercicios de los moros, ó de los nobles torneos de los caballeros cristianos? ¿O bien habrían nacido despues de la mezcla de las dos razas? En Granada

es donde vine a hallar la respuesta a estas cuestiones. Nótase en esta magnífica ciudad una hermosa y vasta plaza rodeada de casas: un palacio adornado de columnas que hoy sirve de casa municipal, se distingue entre los demas edificios: desde él asistian los reyes moros a los ejercicios que dieron nacimiento a las corridas. Soltábanse en la plaza toros salvajes, y moros vigorosos y sin armas luchaban con ellos: aquello era mas que un juego peligroso, era un verdadero combate. Débese a los conquistadores cristianos la forma actual de las corridas. Estas fiestas, andando los siglos, penetraron mas y mas en las costumbres populares, sin que haya logrado destruirlas como tantas otras tradiciones, ni aun la influencia de los filósofos, de los que se llaman propagadores de las luces, de aquellos lobos devoradores que se ocultan bajo pieles de ovejas, hienas feroces que hablan de filosofía; esta tradicion ha echado raíces muy profundas, y florece mas que nunca desde que Isabel II, con un espíritu de los mas elevados de sabiduría de gobierno, asiste como reina a las corridas y las dirige con el movimiento de su pañuelo. Nuevos matadores se han formado, y el pueblo y los grandes hablan todavía con profundo sentimiento de la gran *espada* Montes, que murió el último otoño en Madrid, de resultas de una herida recibida en una corrida, y fué acompañado a su última morada por ochenta mil personas. Su muerte forma época en España, pues no son solo algunos admiradores aislados, sino la nacion entera la que lleva luto por el regenerador de esta noble institucion. Su retrato se vé por todas partes. Un general español me referia con entusiasmo, que Montes ejercia sobre el toro el imperio mas absoluto; que cuando andaba en el circo, el toro lo seguia; que cuando se detenia, el animal se paraba delante de él, inmóvil y como petrificado. El mismo personaje a la cabeza de una sociedad ha hecho construir en una pequeña ciudad, que mas tarde visitamos, un vasto edificio para las corridas: y notando con placer mi gusto pronunciado por estos juegos, me advirtió que en el mes de Diciembre próximo se presentaria ocasion de ver una admirable fiesta de este género. La alta nobleza de España queria celebrar con corridas el feliz alumbramiento de la reina, y los mismos hijos de los grandes debian figurar a caballo en la liza, e inmolar a los toros con sus espadas.

Así es como esta soberbia nación celebra el nacimiento de un heredero real.

Es tal el amor a estas fiestas en el pueblo, que se priva en la semana del pan de cada día, a fin de poder el domingo, después de haber pasado la mañana en oración, consagrar su tarde a las emociones dramáticas de la corrida, y acopiar en ella materia de conversación para la semana siguiente. Entre nosotros la clase de los trabajadores, gasta su salario en beber y en comer, para pasar todavía en la holganza y la embriaguez el lunes. ¿Cuál de los dos es preferible? Júzguelo el lector.

En casi todas las ciudades de la Península hay *corridos*, principalmente en Julio y Agosto; es la época del año en que los toros son más feroces. ¡Quiera mi suerte conducirme de nuevo a España en esta época, a fin de que estudie más de cerca estos combates y el espíritu del pueblo que se manifiesta en ellos, y que goce, una vez más, del embriagador entusiasmo, del noble regocijo, del interés palpitante que sentí en Sevilla! Este es mi voto más ardiente, aun cuando me oyese llamar por labios sentimentales, *bárbaro, sanguinario, joven desnaturalizado*: me contento con los gritos de alegría delirante que se escapan de los lindos labios españoles; y con los relámpagos aprobadores que despiden los más bellos ojos de la Andalucía. En medio de la agitación de las mantillas y del ruido de los abanicos, no puedo impedirme de exclamar: «¡Españoles, os envidio esta antigua fiesta!»

Al salir de la plaza, nos dirigimos a las Delicias situadas a corta distancia en las orillas del Guadalquivir. El día caía ya; pero numerosos coches de formas caprichosas y extraños colores, se cruzaban en todos sentidos en las sombrías avenidas. ¡Qué placer el de ver las vigorosas y hermosas mulas enganchadas a los carruajes! ¡Qué alborozo al oír el alegre sonido de los cascabeles, y al contemplar la *crème*¹ de Sevilla, de mantilla y velo de encaje con flores en la cabeza, manejando el abanico en las calesas como si aquel paseo fuese un salón! Y verdad que lo es, en la extensión de la palabra. El ambiente era de una dulzura encantadora; el sol había dejado de brillar en el firmamento, y la misteriosa luz

¹ En frances en el texto.

de la luna transfiguraba la tez delicada de las mujeres. ¿Qué más necesitan las nobles españolas para presentarse en toda su seducción? Feliz el país donde la moda francesa no ha ahogado todavía el romanticismo, cuyas mujeres tienen bastante inteligencia para comprender que el mismo traje y el mismo peinado no convienen a todos los pueblos y a todos los rostros: que una griseta puede ponerse muchas cosas que no cuadrarían a la cara de la morena *manola*, y que en fin, esa cabeza morena graciosamente adornada con velo de blonda, puede, y no sin gloria, rivalizar tanto como una duquesa de Medina Celi, con todas las lionas del mundo! Pero volvamos a las Delicias, y considerémos un poco aquel caprichoso carruaje, aquel gran cupé tirado por dos soberbias mulas ricamente enjaezadas: lacayos y cocheros visten librea; el coche está guarnecido interiormente de encarnado, y en los cojines se sienta un anciano. Es el arzobispo de Sevilla. Es tan grande el amor de los españoles a la alameda, que el mismo viejo cardenal se pasea todavía, ya entrada la noche, en estos lugares para distraerse con el movimiento y la alegre agitación del pueblo.

Sevilla, 15 de Setiembre de 1851.

Hoy fuimos en peregrinación a la casa de Pilatos, a la casa donde Jesús fué azotado, y donde el procónsul presentó al Salvador al pueblo cegado, pronunciando el famoso *Ecce-Homo*: allí es donde intimidado por las vociferaciones furiosas del gentío, hizo traer una palangana para lavarse las manos de la sangre inocente; ceremonia que se ha imitado con frecuencia desde entonces, más ó menos a propósito. Pero, ¿cómo ha venido a Sevilla la casa de Pilatos! Preténdese que uno de los antepasados del duquecito de Medina Celi, de quien ayer hablaba, hizo ejecutar una copia fiel de ella, de regreso de una peregrinación a la tierra santa; pero hay cosas que uno no se puede explicar: ó la casa de Pilatos en Jerusalén ha sido completamente reconstruida en el espacio de tiempo transcurrido entre la vida terrestre de Jesús y la peregrinación del Duque, ó la morada en cuestión (habitada siempre por la familia) no es más que un elegante edificio de fantasía, pues su estilo pertenece a la bella época morisca. Ligeros pórticos circundan